

verdad»⁵. Y es que en esa noción, en esa aspiración, creía ver el gozne de aquel apartado inicial y, en rigor, de todo el libro.

Las otras secciones de *Alianza y condena* se podrían leer, a partir de aquella primera, como aplicaciones, como «casos» concretos y objetivados de sus desarrollos fundamentales y más reducibles a una traducción racional —aunque en estos «desarrollos» se encuentran, a mi parecer, dos piezas de extraordinario vuelo imaginativo y, además, capitales para entender el mundo poético de Rodríguez: «Brujas a mediodía (Hacia el conocimiento)» y «Porque no poseemos (La mirada)», cuidando de advertir aquí la significatividad de sus dos subtítulos, colocados entre paréntesis, que son verdaderos índices hacia los objetivos y mecanismos esenciales —el conocimiento, la mirada— de la poesía madura del autor. Y en la sección tercera, integrada por poemas que parecieran surgir de una más concreta experiencia, acaso personalmente vivida, hay un poema —el titulado «Un olor»— que vuelve a retomar, como materia temática, la constatación de ese momento supremo de la revelación, pero ahora engarzándolo directamente a aquellas dos estimulaciones mayores y más ambiciosas del libro en su totalidad, y que he tratado de condensar algo más arriba: la verdad y la vida; o de otro modo, el sentido de la vida que sólo en el hallazgo de la verdad se alcanza. Va aquí el poema.

UN OLOR

*¿Qué clara contraseña
me ha abierto lo escondido? ¿Qué aire viene
y, con delicadeza cautelosa,
deja en el cuerpo su honda carga y toca
con tino vehemente ese secreto* 5
*quicio de los sentidos donde tiembla
la nueva acción, la nueva
alianza? Da dicha
y ciencia este suceso. Y da aventura
en medio de hospitales,* 10
*de bancos y autobuses, a la diaria
rutina. Ya han pasado
los años y aún no puede
pagar todas sus deudas
mi corazón. Pero ahora* 15
*este tesoro, este
olor, que es mi verdad,
que es mi alegría y mi arrepentimiento,
me madura y me alza.
Olor a sal, a cuero y a canela,* 20
a lana burda y a pizarra; acaso

⁵ J. O. J.: *Diez años de poesía española...*, pág. 149.

algo ácido, transido
de familiaridad y de sorpresa.
¿Qué materia ha cuajado
en la ligera ráfaga que ahora 25
trae lo perdido y trae
lo ganado, trae tiempo
y trae recuerdo, y trae
libertad y condena?
Gracias doy a este soplo 30
que huele a un cuerpo amado y a una tarde
y a una ciudad, a este aire
íntimo de erosión, que cala a fondo
y me trabaja silenciosamente
dándome aroma y tufo. 35
A este olor que es mi vida.

El poema se ha abierto con aquella misma sugestión de extrañeza —de extrañeza ante la revelación— que se había visto en «Alto jornal» (*¿qué es esto?*), acogida a igual forma interrogante —*¿Qué clara contraseña/me ha abierto lo escondido?* (1-2)—, pero ahora desarrollada con mayor lentitud y precisión porque realmente, bajo otras variantes homónimas, se extiende hasta el verso ocho. Esa llamada, que es signo de apertura a lo escondido y secreto (o sea, que es de nuevo manifestación o epifanía), se concreta aquí simbólicamente en la especie vagarosa de *un olor*, que, sin embargo, queda escrupulosamente traducida a su absoluto referente conceptual y existencial: *ese olor es mi verdad* (17), y *es mi vida* (36). Podría sospecharse un algo de humanísima soberbia por el hablante, porque es nada menos que la verdad y el sentido de la vida —naciones altísimas y casi inaprensibles para el hombre— lo que se declara haber instantáneamente poseído. Pero la sucesión de los versos (sucesión jadeante a base de líneas por lo general breves y con frecuencia encabalgadas, correlato a nivel expresivo de la emoción bajo la cual aquella experiencia se vivió y ahora se reescribe) va minando tal insinuación de soberbia posible al dar entrada a sugestiones de índole que en su dialéctica resultan muy alertadoras. Porque esas sugestiones (que toscamente podrían resumirse en los dos polos centrales o unificadores de todo el libro: el bien frente al mal, lo positivo frente a lo negativo, la alianza y la condena), nos van haciendo sentir que la elevada cota alcanzada —la verdad— se compone de dosis paralelas e iguales de *alegría* y de *arrepentimiento* (18). Y aún los materiales a que el trascendente, el misterioso olor remite, no pueden ser de menos «exquisita» o «sublime» naturaleza, de alcurnia más modesta y así alcanzables por el hombre más llano y sencillo: son la sal, el cuero, la canela, la lana, la pizarra (20-21). Es el olor, incluso literalmente ácido, de la vida en agraz (22); y su advenimiento se ha producido (9-12) en medio de la más mediocre o aún áspera costumbre citadina de todos los días (11-12). Ese *olor* nada tiene de «privilegio». Si una vez dio al poeta el secreto de su vivir, podría en cualquier otra ocasión entregárselo también a cualquier otro hombre en cualquier otra circunstancia similar, que es la común de nuestro cotidiano existir.

La estructura, por tanto, estrictamente dialéctica, del poema, lo hace muy representativo del clima general del libro, pues ese instante revelador lo que provoca es la dual reacción emocional del hombre frente a la vida. Y esto hasta el punto de que, desde sus versos, hubiera parecido nacer el impulso inmediato hacia el título del conjunto: *la nueva|alianza* (17-18) enfrentada —mejor: inevitablemente ligada— a la *condena* (29). No es posible, ni recomendable, alargar estos comentarios descendiendo a señalamientos estilísticos demasiado precisos, porque el lector podrá descubrir, por su cuenta y fácilmente, los dos pares de niveles antitéticos que dan vertebración total a la pieza. Un primer par: el hallazgo (*claro, delicado, vehemente, secreto*) adviene en un medio oscuramente dominado por la rutina (9-12). Y otro par, algo anticipado: los efectos o consecuencias humanas, fácticas, de ese hallazgo, de ese *olor*, componen dos series igualmente antitéticas de intuiciones: la *alegría* y el *arrepentimiento* (18), la *familiaridad* y la *sorpresa* (23), la *libertad* y la *condena* (29). Y simbólica y resumidamente, en la línea penúltima, lo que nos embriaga por su sugestión placentera se alía a aquello de que huimos por su nada reconfortante impregnación: el *aroma* y el *tufo* (35), pero igualmente aceptados ambos.

En suma: la revelación no es ya la de aquella transfiguradora claridad que como un *don* milagroso venía del cielo, sino la del descubrimiento de la difícil y contraria verdad de la vida. A pesar de lo cual, y porque gracias a ese descubrimiento el hombre ha tocado a fondo en su ser, *da dicha|y ciencia este suceso* (8-9). Por fuerte que sea, sólo el encuentro con la verdad puede conceder solidez y elevación —pues ese olor *me madura y me alza* (19)— a la pequeñez humana. No otra es la lección moral —pues estamos ante un poeta que ha asumido y defendido siempre «el sentido moral del arte»— que se desprende de *Alianza y condena*. Y que este poema, «Un olor», documenta, mostrando de paso la fidelidad del autor a sí mismo, bajo el aura no menos misteriosa de esa imperiosa revelación —de esa epifanía— por la que se ha aupado tantas veces a los momentos más altos y esenciales de su poesía.

Haciendo abstracción de su apartado I («Herida en cuatro tiempos»), que en cierto modo continúa algunas de las tensiones de mayor proximidad humana que habían dado su nervatura ética raigal a *Alianza y condena*, el último libro del poeta —*El vuelo de la celebración* (1976)— va a contener la poesía más «transfigurada» de Claudio Rodríguez en el sentido en que, bajo tal intuición, la ha examinado Dionisio Cañas en su estudio. Por mi cuenta, había señalado también ya (en el segundo de mis trabajos mencionados) las tres fuerzas motrices que me parecían apuntar, en este libro, a ese mismo efecto de transfiguración. Esas tres fuerzas, apretadamente resumidas, serían las siguientes, y en el mismo orden progresivo en que las enuncio. Una, el ejercicio de la mirada por la que el hombre constituye el mundo y, al rodearse de tan válida consistencia, se constituye a sí mismo. Después, la presencia cada vez más invasora de la luz, cuya acción purificadora o transfiguradora acaba por otorgar entidad religiosa y sacramental a todo lo creado. Y por fin, la práctica del cántico confirmatorio y celebratorio de esa realidad así transfigurada o sacralizada. Cabría esperar que la revelación, en principio al menos, advenga ahora en el momento en que, por la